



Reflexión tras mi año en los Círculos de Ayuda

Educación

Clave evangélica: tu Padre ve en lo escondido.

“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.”

Mt 6,6

Soy profesora de Geografía, Historia y Arte en un instituto de Badajoz. Llevo ya 20 años trabajando en la docencia formal de estudiantes que compaginan deportes, música, idiomas, estudios y las inestabilidades propias de la adolescencia (que no es fácil y hay que pasar). No siempre a partes iguales, no siempre con las mismas mochilas.

Son muchos años de anécdotas que podría contar; de vidas compartidas con sus aristas poéticas y sus entrantes asfixiantes. Las vidas son tan ricas que cuesta entender la cantidad de burocracia que ahoga tantas veces el brillo de las historias humanas. Aprender a mirar, despacio y con hondura, me lleva tantas veces a valorar la maravilla de mi trabajo: tanto por descubrir y tanto que cuidar.

“Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.”

Lc 13,6-9

Durante mi vida laboral he descubierto que el cuidado es uno de los pilares firmes en los que se asienta esta profesión. Con el tiempo, puedo decir que es la tarea fundamental de todo docente: la del cuidado. Más incluso que la transmisión de conocimiento o el desarrollo de habilidades. Cuidar no solo a la persona, sino el proceso. Cuidar como acompañar, como ejercicio de ternura con los jóvenes. Cuidar como misterio que apenas distinguimos, pero del que estamos convencidos y convencidas de que vale la pena.

Y, sin embargo, carecemos de las herramientas para llevar a cabo con éxito la empresa. El mercado laboral —que no la realidad con la que convivo y veo en los que me rodean— ha vendido la imagen del profesor, de la profesora, como mero transmisor de conocimientos, en el mejor de los casos, que termina su jornada laboral y disfruta de una tarde placentera sin acordarse de sus estudiantes. No es cierto.

Ojalá fuéramos transmisores de conocimientos y acompañantes de procesos. Ojalá tuviésemos adherido a la piel y al corazón el deseo de emocionar a nuestros estudiantes

con esos conocimientos que tenemos.

Somos acompañantes de adolescentes que se ven en un período de transición; que se buscan en lugares donde no están, que deben luchar con estos demonios que aparecen, esa inseguridad ganada a base de esfuerzo durante años.

Estamos engañados cuando pensamos que solo necesitamos enseñar historia en una conversación unidireccional, sin acompañarles en ese crecimiento personal que conlleva la madurez.

Y es ahí donde nos la jugamos. Nos jugamos que se sientan escuchados, valorados y reconocidos, no solo entre sus iguales, sino ante ti, su profesor. Aquel y aquella que intentamos transmitir más que conocimientos.

Con este convencimiento pleno empezaba el curso 2024-2025. Detrás sonaba la cantinela que no deja de acompañarme desde que descubrí que estamos aquí para amar y ser amados, para cuidar y ser cuidados con la paciencia infinita que requiere.

Cuando a finales del curso pasado me ofrecieron coordinar un proyecto llamado Ayuda entre Iguales, no me lo pensé. Se trataba de un proyecto cuyo objetivo era facilitar el tránsito de los estudiantes que comienzan 1º de ESO y vienen del colegio con sus miedos y muchas expectativas. ¿Ilusiones o temores? Eso depende de cada niño y de cada niña. Y ahí es donde intervenimos. ¿Qué mejor manera de acompañar y cuidar a los estudiantes de 1º que coordinando este proyecto?

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio.”

Ef 4,11-12

Así fue como empezó algo que pronto se mostró gigantesco. Nuestro proyecto se llamó “Círculos de Ayuda”, en un símil, no sé si conseguido, de estar girando e interconectados, ofreciendo ayuda mutua entre generaciones de estudiantes y docentes.

Nuestros alumnos y alumnas de 4º de ESO serían los maestros de ceremonia que cogerían de la mano a estos pupilos para mostrarles que el centro podía ser un lugar seguro y estable. Un centro donde el cuidado se protege. Un lugar que debería convertirse en lugar de acogida y de conocimiento, testigo privilegiado de su transformación.

Comenzamos ilusionados mis compañeros y compañeras de profesión. Rápidamente nos surgió la primera pregunta: ¿por dónde empezamos? ¿Cuántos alumnos se deberían beneficiar de algo que, a mi parecer, es un privilegio?



Hablo con otros centros que tienen el mismo proyecto y todos coinciden en que hay que hacer una selección. “Es inviable coger a más de 12 alumnos”, me dicen. Pero ¿cómo puedo yo hacer esa selección? ¿En base a qué criterios se seleccionan alumnos para ser acompañados? ¿Los más listos, los menos, los disruptivos, los vulnerables, los que se adaptan o los que no, o tal vez los líderes a los que seguir? ¿Quién soy yo para elegir a los que necesitan más cuidados, si todos somos gigantes con pies de barro?

Así que, después de consultarlo con los 15 profesores colaboradores, llegamos a la conclusión de que todos los estudiantes de 1º debían formar parte del programa y tener el enorme privilegio de sentirse acompañados en este primer año por un adolescente dispuesto a escucharle y dedicarle su tiempo.

“Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común. Vendían propiedades y posesiones para dar a cualquiera que tuviera necesidad.”

Hch 2,44-45

Así fue como se fue configurando la lista de niños participantes. En total, 100 estudiantes de 1º de ESO acompañados y 35 acompañantes de 4º de ESO y 1º de Bachillerato, además de 15 docentes colaboradores, una educadora social, una psicopedagoga y yo, coordinadora de un proyecto ambicioso con demasiadas incógnitas y dificultades.

Ya ha pasado un año y no nos vamos a engañar. Nos hemos encontrado con dificultades: reuniones a las que no acudían, profesores que desertaron agobiados por las exigencias del día a día, talleres que no se llenaron, promesas que a veces se incumplían, e incluso alguna protesta de docentes a los que les habíamos “robado” algunas horas de su asignatura para formar a los hermanos mayores en la compleja tarea del acompañamiento, de la escucha sin prejuicio y de la gratuidad del tiempo invertido en el “otro”.

Al final, el balance es positivo. Hemos querido apostar por un centro que cuida a sus estudiantes, que los acompaña en su proceso de vida, que les intenta enseñar maneras de gestionar sus emociones. Un centro que invierte en la escucha activa, en la resolución de conflictos, con más o menos éxito. Un centro donde las personas se pongan por delante de las programaciones didácticas y el acompañamiento por encima de estudiar las revoluciones de la Historia.

¿Lo hemos conseguido? Espero que la respuesta sea que estamos en el camino.

“Yo les digo: todo lo que aten en la tierra, lo mantendrá atado el Cielo, y todo lo que desaten en la tierra, lo mantendrá desatado el Cielo. Asimismo yo les digo: si en la tierra dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir alguna cosa, mi Padre Celestial se lo concederá. Pues donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos.”

Mt 18,18-20

Uno de los últimos días de encuentros, decidimos organizar una gincana. El día giraría en torno a la llegada de inmigrantes que deben obtener el permiso de residencia y se encuentran con innumerables problemas para obtenerlo: visado, permiso de trabajo, contrato laboral, seguro médico.

Durante dos horas los muchachos sintieron lo que debe de sentir un inmigrante cuando llega a un lugar diferente: moverse por lugares desconocidos, con personas a las que no siempre entienden, dejando atrás la seguridad de lo conocido. En las reflexiones finales se descubrió la similitud tan cercana con su llegada al centro. Algunos entendieron.

“¡Gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños! Sí, Padre, porque así te ha parecido bien.”

Mt 11,25-27

Terminamos dando gracias a los estudiantes de 4º por el tiempo invertido de forma completamente gratuita, y ellos y ellas también hicieron lo mismo.

Como dijo Celia, una de las hermanas mayores, “he recibido mucho más de lo que he podido aportar”. Los talentos que se multiplican.

Al final han elaborado un decálogo sobre lo aprendido durante este tiempo. Estoy segura de que querrían que lo compartiese con todo el mundo.

Como diría nuestro amigo Silvio, “me va la vida en ello”.

Profesionales Cristianos
Diócesis de Mérida-Badajoz